

amor, que llegaba á hacerse respetar de los más rehacios y procaces.

En la casa de los de Marc, ricos mercaderes—buena casa, salario puntual para todos, criados y profesores, alfombras desde la escalera, bibelots de lujo, muebles elegantes y sólidos—se placía sobre todo con Alfonsito, un muchacho voluntarioso que á los diecisiete años no sabía leer aún, pero que ya iba de juerga con los lacayos, sopretexo de correr un tronco en el bosque; pasaba las noches en los teatrillos por horas, cuando no en peores sitios; fumaba puros; se traía unos terminajos aflamencados que destrozaban el tímpano y escribía otras gracias menos confesables.

El muchacho era un pillo listo y de bonita lámina, de estos que vuelven locas á las mujeres á los quince años con su timidez de Cherubino, y les turban el seso á los treinta con el descaro de Don Juan.

¡Si sabría él lo que tendrían que mimarlo y quererle las muchachas, cuando desde sus tiernos años se cuidaba tanto la personilla y se pasaba las horas al espejo como una mujer, ideando ataduras de corbata y caídas de manga y golpes de solapa!

Un libro no hubiera comprado él por ninguna de estas nueve cosas; pero en corbatas y guantes y cadenillas y perfumes, le consumía la mitad de la hacienda al riquísimo padre.

Elena, cuyo espíritu recto y bueno reprobaba la inmoralidad sincera y repulsiva del muchacho, no por eso dejaba de estar boba con él, y muchas veces que pensó en reprenderle su desmesurado amor á su persona, retrocedió la censura de sus labios para dar paso á francas opiniones de admiración y de cariño.

El chico, sintiéndose adorado como un Budha de piedra, dejábase querer, no sin sentir cierto burlón desprecio interior por su maestra.

Elena, apasionada del chiquillo con un amor irracional y casi instintivo como el de una madre, á la vez que profundo y ardentísimo como el de una doncella, pensaba encontrar corazón é inteligencia en donde no había más que malicia y malos instintos y hasta alguna vez, en sus deliquios inocentes de solterona, complacióse en idear cuán suave tarea sería infundir en el alma inexperta del mancebo el amor á las dulzuras inefables de la música y más tarde hacer que amara en ella, no á la mujer, sino á la artista, grande y fuerte, noble, ardiente y pura.

Ensayó hablarle de Chopin el melancólico, de Mozart el vigoroso, del hurraño soñador Bethoven.... pero el muchacho, hermosa bestia de placer, se le rió á carcajadas y le pidió tangos y peteneras, aires crudos y canallescros que halagaban su incipiente sensualidad y lastimaban profundamente los más hondos afectos estéticos de la maestra.

\* \* \*

La casa de los señores de Marc era de estos palacetes á la moderna, todos ellos pura apariencia, barro, cemento y escayola y, si se quiere, aquí y allí, alguna chapa de mármol ó moldura ó barandal de bronce muy á la vista y ostentoso para que se aprecie que el dueño puede gastar el dinero.

Rodeaba el *hotel*, como sus dueños le llamaban, un jardinillo chapucero, improvisado á la inglesa, con sus calles de arena roja y sus plantas tropicales mantenidas en pie á fuerza de duchas y regaderazos como tísicos pasados sometidos á la hidroterapia, con sus céspedes vilmente improvisados y renovados de continuo, tan cacoquimios que eternamente se estaban muriendo y amarilleaban por el suelo.

Sin embargo, la fuerza de la naturaleza es tal, que aun en aquel rincón falsifica-